

conversion de los pecadores, rogaba de una manera toda especial por su hijo. Entretanto una prematura muerte lo embiste, y cae muerto en medio de su juventud. La buena madre redobló sus ruegos al ver á su hijo en semejante peligro; y mientras estaba ejerciendo este acto de caridad, se le aparece la Santísima Virgen, la consuela, y le asegura que en su último momento habia concedido á su hijo un dolor tal, que mereció ver á Dios sin pasar por el purgatorio; y que así se vió libre del eminente peligro que le amenazaba. ¡Oh Santísima Virgen, nosotros nos alegramos de estas obras de tu diestra, porque nos aseguran que aun en la última hora puede el pecador alcanzar el perdón de sus pecados, si él se arrepiente bien de todos los que ha cometido: pero de él mismo tambien hemos de concluir, que en vano pone su confianza en *María* aquel que es falsamente su devoto; y lo son todos aquellos que voluntariamente permanecen en el pecado. ¡Infelices! porque á la manera que el mal ladrón se perdió, así ellos se condenarán para siempre. Seamos, pues, sus verdaderos devotos, y hagamos consistir nuestra devocion en saludarla con las palabras del arcángel, y en vivir segun ellas: recemos, pues, siempre el Ave María, y con la mayor devocion que nos sea dable, y obremos de modo que podamos estar siempre saludando á María Santísima, siempre llenos de gloria, y multiplicándola aún de un modo semejante á la augusta Madre de Dios, y siempre teniendo al Señor por medio de la práctica de los actos mas heróicos de virtud y perfeccion: dichosos nosotros, porque obrando así, iremos con *María* á gozar las eternas delicias de la gloria. Amén.



LA SALVE.

PRÓLOGO.

Descando, lector carísimo, darte á conocer un poco á la Inmaculada y Divina María, y que en consecuencia fueras su sincero y especial devoto, te presenté el Ave María, á fin de que explicándote cada una de sus palabras vieses lo que ella es en sí misma, y con relacion á los hombres: mas habiendo observado que me quedaba muy corto en referirte sus glorias y privilegios, he creido conveniente continuar en tu favor mi dulce tarea por medio de la explicacion de la Salve, no solo porque esta oracion es la mas comun de las que usa la Iglesia, sí que tambien porque ella entraña la sustancia de todas las demas. En fin, lector carísimo, procura sacar de su lectura todo el bien que te deseo; mientras que yo consagro todo este pequeño trabajo á la mayor gloria de Dios, de la Santa é Inmaculada siempre Virgen María y de nuestro Padre San Vicente de Paul.

EL AUTOR.

CAPITULO I.

DIOS TE SALVE, REINA.

1. *Grandeza de María.*—Para dar á conocer á la Santísima Virgen, y procurar que todos los que la conozcan sean sus fieles devotos, despues de la oracion del Ave María, ninguna me parece, lector carísimo, mas á propósito que la que los fieles conocen con el nombre de la Salve; y no es extraño, porque en ella se ven todos sus títulos y privilegios, y todo cuanto hace en favor de todos los hombres. En el Ave María la vemos descrita segun las palabras del Arcángel, las de su prima Santa Isabel y las de nuestra madre la Iglesia; y en la Salve aparece segun el fervor de sus devotos, segun las luces de los Santos Padres, segun las insinuaciones de la Eseritura, y conforme la expresion de la Iglesia católica y romana. En la primera la vemos como Madre de Dios y con las prerogativas que acompañan á tan sublime dignidad: y en la segunda la contemplamos como Madre de los hombres, y completamente dispuesta para hacernos todos los oficios de tal. Segun el Ave María, es la saludada por el ángel: segun la Salve, la saludada por todos los cristianos: por aquella, llena de gracia en el alma y en el cuerpo, y en las potencias y en los sentidos: y por esta poseyendo toda la gracia que ha de concederse á todos los impíos, á todos los pecadores, á todos los tibios y á todos los santos: por la úna, teniendo consigo al Señor en sus pensamientos, palabras, obras y deseos; y por

la otra, verificando en nosotros un cambio completo en nuestras operaciones, de la mente, de la boca, de la voluntad y del corazón. ¡Oh, qué grande es *María* en sí misma! Es sin duda alguna la llena de gracia, la que tiene al Señor, la bendita entre todas las mujeres, la Virgen tres veces santa, y la augusta Madre de Dios. ¡Oh, qué grande es *María* con relación á nosotros! porque es la reina nuestra, la madre de misericordia, la vida, la dulzura y la nuestra esperanza; y es principalmente nuestra abogada, nuestra clementísima, nuestra piadosísima y nuestra dulce Virgen *María*.

2. *Origen de la Salve*.—En una época bastante remota vivía en la religión de San Benito, una alma tan de Dios, que podemos asegurar que era santa. Era entre sus hermanos de los más edificantes por su observancia regular, por sus asperezas y continuas maceraciones, por sus vigiliass y dilatados ayunos, y por su casi inseparable union con Dios. A este conjunto de virtudes, añadía una devoción especial á la Santísima Virgen *María*; y un día en que el Señor se le había comunicado de un modo extraordinario, y cuando nadaba en las delicias producidas por el amor más puro, conoció de un modo especial lo que es la Madre de Dios, y con un afecto que apenas puede medirse, le dijo: Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, Dios te salve. A tí llamamos los desterrados hijos de Eva, á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen *María*! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo. ¡Feliz el dichoso que por primera vez así habló de *Ma-*

ria! ¡Feliz! porque la saludó Reina de los reyes y Señora de los señores. ¡Feliz! porque le dió el hermoso dictado de Reina y Madre de misericordia; y feliz, porque la proclamó la vida, la dulzura y la esperanza nuestra; la abogada, la clemente, la piadosa y la siempre dulcísima. ¡Ah lector carísimo, si amáramos á *María* de esta manera! ¡Si en nuestra mente fuese tan bellamente hermosa! ¡Si nuestro corazón la amara según el grado del conocimiento! Ya que no merecemos tanta gracia, al menos repitamos con frecuencia la Salve.

3. *María es nuestra Reina*.—Este santo religioso apellidó á *María* Reina, y con esto sacó una consecuencia del Ave María. En efecto; si ella es Madre de Dios, si fué exaltada á la dignidad suprema de Madre del Rey de reyes, con mucha razón la honran los fieles apellidándola Reina: porque está claro que si el Hijo es Rey, propia y verdaderamente la Madre ha de ser Reina; y si Jesucristo que es su hijo es el Rey de reyes, *María* que es su madre ha de ser la Reina de los reyes. Jesucristo es el Rey de los cielos, el inmortal y el invisible; el que trae bordado en su muslo Rey de reyes, Señor de señores y Dominador de los que dominan; y digno de todo honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos: y *María*, como Madre de Jesucristo, ha heredado todos sus privilegios en cuanto es capaz que una criatura se revista de los de su Criador. Todas las criaturas visibles é invisibles sirven al Señor, y todas ellas proclaman su gloria como á su rey: así de un modo semejante todas las criaturas sirven á *María*, y todas la denominan su Reina. Tanto es así, lector carísimo, que la Reina de los ángeles es *María*; la Reina de los patriarcas es *María*; la Reina de los profetas es *María*; la Reina de los apóstoles es *María*; la Reina de los mártires es *María*; la reina de los confesores es *María*, la Reina de las vírgenes es *María*,

y *María* es la Reina de todos los santos y de todos los hombres, y la suprema Emperatriz de los cielos y de la tierra. ¡Qué reina puede compararse con esta Reina! ¡Qué dominio con su dominio! Los mismos reyes han puesto sus glorias en ser los últimos esclavos de esta gran Reina. Esta dignidad no la tiene de sí misma; sino que al modo que la luna recibe la luz del sol, así la mística luna que es *María*, recibe toda esta dignidad del divino sol de justicia Cristo nuestro Señor. *María* desde el primer instante de su concepcion inmaculada fué una criatura, es verdad, pero no como las demas criaturas; sino que tenia un conocimiento de Dios mas claro, mas perfecto y mas exacto que el que han tenido y tendrán todos los ángeles y arcángeles, todos los serafines y querubines, todos los tronos y dominaciones, todas las potestades, virtudes y principados. *María* desde aquel primer instante vió á Dios intuitivamente, vió á Dios cara á cara, vió á Dios en su esencia y de un modo infinitamente superior al que lo han visto en este mundo Moisés y Pablo, y en la patria celestial todos los ángeles y bienaventurados. Tanto es el poder de la virtud y de la gracia, porque la gracia y la virtud hicieron á *María*. ¡Oh amantísima Madre mia! proseguí segura en dominarlo todo: disponed de la tierra y del cielo, de los ángeles y de los hombres, y sobre todo disponed de mí mismo ya que pongo mis glorias en saludaros, Dios te salve, ¡oh Reina!

4. *Es reina de misericordia.*—A fin de que ames, lector carísimo á *María*, y seas su fiel devoto, te será muy útil el comprender bien estas palabras de la Salve, porque no solo es reina, sino que lo es tambien de misericordia, y es como si dijeran: *Dios te salve, reina de misericordia.* Como á tal es *María* una reina dulcísima, clemente, y tan inclinada á conceder gracias, que jamas se ha oído decir que ninguno de cuantos la han

invocado haya sido de ella no socorrido. *Es reina de misericordia;* y por tanto piadosa para todos, pródigo para los pobres, munífica para los ricos, pronta para aliviar toda necesidad, y tan poderosamente benéfica, que derramar gracias y dones es todo su oficio. *Es reina de misericordia,* y es por tanto dulcísima, porque ¡qué cosa mas dulce que aquella boca cuyos labios destilan la mas rica miel? ¡Qué cosa mas dulce que la clementísima que dispone de la divina clemencia? *María,* á fuer de *reina de misericordia,* podemos afirmar que ejerce en un todo la misericordia de Dios; del mismo modo que Dios ejerce todo su infinito poder: y al modo que Jesucristo en la eternidad será para los réprobos el Rey de justicia; así *María* es en el tiempo para los pecadores la *Reina de misericordia:* el oficio del Hijo será entonces castigar eternamente; así como el oficio de la Madre es ahora auxiliarnos eficazmente. ¡Ah, lector carísimo, con qué afectuosa confianza no hemos de presentarnos á *María!* Mírala: es la Reina; pero *reina de misericordia.*

Cuenta la Santa Escritura que cuando Asuero, instado por Aman, dió el fatal decreto de completa aniquilacion de los judíos y de todo cuanto les pertenecía, Mardoqueo acudió á la reina Ester, y esta reina, obrando conforme sus instrucciones, libertó su pueblo y quedó su suerte felizmente asegurada para siempre. ¡Ah, lector carísimo, cuántas veces el divino Asuero Jesucristo, impelido por el Aman del pecado habria destruído á los cristianos! ¡Cuántas sus intereses y sus personas habrian sido condenadas á un eterno exterminio! Pero el misterioso Mardoqueo, que es el Sacerdote, avisa á la divina Ester, y esta poderosa *María* los liberta de los males que los amenazaban. ¡Oh, qué no hace en favor de los cristianos! ¡Qué no hace en favor de los pecadores mas miserables! ¡Y qué no hará en favor tu-

yo si acudes como conviene á su proteccion! ¡Oh si agradecido la saludaras muchas veces con el *Dios te salve, reina de misericordia!* Ester para salvar al pueblo judío, que era su pueblo, tuvo que servirse de palabras muy humillantes que le obligaron á decir: *Rey mio, si he hallado gracia en tu presencia, te suplico que me des al pueblo mio por el cual te ruego, y solo despues de esta súplica quedó revocada la sentencia. María, empero, no necesita este modo de obrar, porque no solo sabe que ha hallado la gracia delante de Dios, sino que sabe tambien que la posee, que la tiene en la mayor plenitud y que todos la reciben de ella: por esto son sus ruegos como otras tantas órdenes; y si Asuero no supo negar cosa alguna á su querida Ester, ¿cómo habia de poder negar Jesucristo una sola cosa á su divina Madre? ¡Qué mas admiraremos, la bondad de esta soberana Señora, su infinita dignidad, ó su inmensa misericordia! Por ésta la veo la mas cercana á Dios Padre; por aquella la mas conforme á Dios Hijo; y por la última, la mas semejante á Dios Espíritu Santo. A vista de esto no puedo menos de aconsejarte que la saludes ferviente y cordialmente con el *Dios te salve, reina.**

5. *Es dignísima de toda nuestra confianza.*—A fin de que seas del todo de *María*, voy á presentarte otro resultado de lo que ella es con relacion á los hombres. *Es reina:* ¡oh qué gusto, qué satisfaccion! *Es reina de misericordia:* ¡oh qué consuelo, qué dicha! *Es reina* tambien que nos inspira del todo la mayor confianza, y con todo esto acaba de arrebatarnos todo el amor. Y lo es tanto, que jamas hemos de temer que *María* rehuse ni por una sola vez el interceder por los pecadores, y ni siquiera por el mas obstinado y endurecido. La confianza que nos inspira es tan sin límites, que ni aun puede amedrentarnos su santidad y majestad; por-

que cuanto es ella mas santa y mas ensalzada, tanto se muestra mas poderosa y eficaz en favor de los pecadores. A vista de esto, lector carísimo, ¿qué ama quien á *María* no ama? ¿En qué confia quien en *María* no confia? ¿A quién acudé quien á *María* no acude? Las reinas de este mundo, con la majestad que ostentan, son causa de que sus vasallos no se atrevan á manifestarles su necesidad; mucho menos pedirles el debido socorro, y á veces ni siquiera se ponen en su presencia; mas ¿qué temor puede causarnos la clemetísima, la hermosa, y la humildísima *María*? Nada hay en ella de esquivéz, nada que sea feo ó monstruoso, y nada de fausto y de austero; sino que todo es en ella la sencillez misma, la misma bondad y el mismo amor: ella nos ofrece la leche de su misericordia para animarnos, y la lana de su refugio para resguardarnos: en suma, es *María* la que posee por gracia y privilegio, aquella misericordia que el mismo Dios posee por esencia y naturaleza. ¡Ah! ¿en quién esperará quien no espere en *María*? ¿A quién suplicará quien no suplique á *María*? ¡Oh *María* inmaculada! ¡Oh amor dulce de los corazones! Tú eres al par de la Misericordia: eres tan benigna y piadosa, que no consientes despedir descontento á quien te ruega, y á fuer de *reina de misericordia*, no dejas de socorrer poderosamente aun á los mas miserables. ¡Oh *María*! Salve, salve, inmaculada y divina *María*! ¡Salve, *reina de misericordia*! y ya que yo soy el peor de vuestros hijos y el mas miserable pecador, espero que tendréis de mí un cuidado semejante á la multitud de mis miserias.

6. *Y nos asegura de su misericordia.*—Para que de una vez para siempre te consagres á *María* y pongas en ella toda tu confianza, has de saber que su comiseracion es tal, que no puede excederla ningun número de pecados: y á la manera que el mayor de los cri-

menes es desconfiar de la misericordia de Dios, así la mayor de tus ingratitudes sería no confiar del todo en la misericordia de María; porque así como la gloria de la Madre es la gloria del Hijo, así resulta que nadie puede haber tan miserable é infeliz que resista á su poderosa misericordia; y en nada puede congratularse tanto, como en oír los ruegos de los mas miserables; y si fuera posible que hubiese un pecador que hubiera cometido todos los crímenes de que se han hecho reos todos los hombres y aun todos los demonios, ayudar á este miserable sería su mayor gusto y contento. No lo dudes, lector carísimo, que *María* á fuer de *reina de misericordia* puede decir: *Yo soy la reina de la misericordia*, y como á tal, reina de cielos y tierra: yo el gozo de los bienaventurados y la alegría de los justos: yo la puerta por donde todos los pecadores entran al cielo: yo la que alcanzo á todos la gracia de que sean menos tentados: yo la que les hago salir victoriosos de todos los combates contra el mundo, demonio y carne; y yo la que salvo á todos, á excepcion de aquellos que ya son realmente réprobos con la maldicion de los condenados: mas fuera de este rarísimo caso, ninguno puede haber tan dejado de la mano de Dios que si me invoca en su ayuda de todo corazon, no le haga conseguir la patria celestial. Nada de esto debes extrañar, porque la *misericordia de María* es la misericordia de Jesus. A la manera que el que confia en *María* será indudablemente feliz, así el que se olvidase de ella completamente, será para siempre desdichado. Acudamos, pues, nosotros desde este instante á *María Santísima* y convenzámonos de una vez para siempre, que ella es en favor de nosotros la saludada por el ángel, la llena de gracia, la que tiene al Señor y la Madre de Dios. ¿Eres un grande pecador? Pues no dudes, porque ella es *la reina de misericordia*, y la que empleará grandemente en tu favor

su divina influencia; y esto aunque fuese tu alma lo mas monstruoso y lo mas horrible, y lo mas llagado y asqueroso. *¡Oh reina de misericordia!* á tus plantas tienes al mas miserable de tus súbditos: compadécete de mis miserias; haz en favor mio los saludables oficios de tu misericordia, mientras que para mas obligarte repetiré cinco veces al dia la *Salve*.

7. *Devocion de una niña á su reina*.—En cierta historia particular se lee: que en un colegio entró una niña que solo contaba cinco años; pero tenia tanto juicio y tanta bondad, que luego se le permitió recibir el sacramento de la penitencia, y antes de los siete años hizo su primera comunión.

Fué admitida en el número de las niñas que componen la asociación de los santos ángeles, y en todo el tiempo se portó como un ángel en carne. Siendo aspirante para ser del número de las hijas de *María*, hizo los mas serios adelantos en sólida virtud; pero cuando se vió ya hija de tan soberana Señora, comenzó á desplegar una devocion muy especial y á saludarla todos los dias afectuosamente como á su Reina. A este fin la coronaba diariamente con aquella diadema que le inspiraba su fervor; y segun hemos sabido, lo hacia en el órden siguiente: Los domingos le entreteja una corona de las flores que le habian enviado sus padres, y con la mayor reverencia que le era posible, la colocaba en su cabeza, y pasaba el domingo en los ejercicios propios de una hija de *María*, y besando afectuosamente la imágen de la medalla milagrosa que colgada de una cinta llevaba en su honor. No obstante de que esta corona no se la quitaba en toda la semana; sin embargo, ella á fuer de fidelísima súbdita, todos los dias la coronaba de nuevo en su espíritu, del modo que vamos á decir. Los lunes la coronaba con tímidas violetas, y á este fin hacia en su espíritu treinta y seis actos de

humildad, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo soy la esclava de María, hágase en mí según su palabra.* Los mártires la coronaba con rosas de las mas bellas que han producido ambas Castillas, y á este fin le hacia treinta y seis actos de amor, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo amo á mi reina María.* Los miércoles la coronaba con el mas oloroso jazmin, y para esto hacia treinta y seis actos de modestia, guardándola en el andar, en la vista y en las palabras. Los juéves la coronaba con dobles claveles, repitiendo en toda su conducta diez actos de edificacion. Los viérnes la coronaba con amapolas y floripondios, porque estas flores le recordaban la práctica de la paciencia. Y los sábados la coronaba de azucenas que ser debian como el ampo de la nieve, y le recordaban el voto de virginidad que desde muy niña habia hecho á imitacion de su Reina. ¡Feliz niña, porque murió como habia vivido!

— — —
CAPITULO II.

MADRE.

8. *María es nuestra Madre.*—Siguiendo, lector carísimo, la Salve, hallaremos á la Santísima Virgen María que no solo es nuestra Reina, sino que es de un modo especial nuestra Madre, así lo dicen todos sus devotos: *Dios te salve, María, tú que eres Reina y Madre.* *María* es la Madre de los cristianos, y de un modo especial es la tierna Madre de todos sus devotos. ¡*María* es mi Madre! ¡Ah, qué idea tan consoladora!

¡Qué pensamiento tan benéfico! ¡*María* es mi Madre! ¡Ojalá que yo no tuviese mas que un pensamiento y este fuese *María!* ¡Ojalá que no tuviera mas que una idea y esta fuese *María!* ¡Ojalá que no tuviese mas que una palabra, y esta fuese *María!* ¡Ojalá que todas mis operaciones las encerrara en *María!* ¡Ah! *María* es la palabra del Hijo, de un modo semejante al Hijo que es la palabra del Padre. Amemos, pues, á *María*, porque amándola cumpliremos con toda la ley y los profetas, y con el Evangelio Santo y las obligaciones del propio estado: amemos á *María*, bien persuadidos que la eficacia de su amor es tal, que conduce y encierra el mas puro amor á Dios. *María* es mi Madre: ¡ah! reflexiona bien sobre este sublime pensamiento, porque la Madre de Dios es la Madre tuya. Díle en consecuencia con el mayor entusiasmo y afecto que te sea dable: Madre mia, yo soy tu hijo: no me dejes á mí mismo: gobiernadme completa y eficazmente: disponed de mi corazón según el vuestro: castigadme todas mis faltas, porque yo sé bien que vuestros castigos son las ternuras de vuestro amor; y para que así lo hagais, procuraré que todos os conozcan y adoren con el dulce título de Madre.

9. *Es nuestra Madre, porque Jesucristo es nuestro Padre.*—Así como es imposible poner en duda que Jesucristo es nuestro Padre; así no lo es menos la verdad que nos asegura que *María* es nuestra Madre; y á la manera que Jesus es el Padre del siglo futuro y de todos los nacidos de la ley de gracia, así es *María* la Madre de estos y de aquel. Jesucristo es nuestro Padre, porque habiendo perdido nosotros por el pecado de Adán la vida de la gracia, con la redencion nos dió una nueva vida y tanto mejor que la primera, que la misma Iglesia apellida culpa feliz, á la culpa de origen que nos la hizo perder. *María* es nuestra Madre,

porque es una misma cosa con Jesus, porque nos dió la vida de un modo semejante á Jesus, y porque si Jesus es nuestro Redentor, *María* es nuestra corredentora. ¡Pero á qué viene entretenerse en probar que *María* es nuestra Madre? Lector carísimo, escucha á la Iglesia, y verás que despues de haberla llamado *Reina*, inmediatamente la denomina *Madre*: por el primer título, nos enseña su dignidad divina, y por la segunda nos hace saber que todas sus gracias son nuestras gracias. Y si á esto añadimos que todos los fieles la invocan con el nombre de Madre, tendremos que concluir que verdaderamente ella es nuestra Madre: no Madre carnal sino espiritual: no segun la carne, sino conforme al espíritu, porque es la Madre de nuestras almas, y Madré prontísima para dispensarnos todo bien.

10. *Porque concibió al Hijo de Dios*.—Como sabes, lector carísimo, el misterio de la Encarnacion es el misterio grande por excelencia, porque es todo un Dios el que se hizo hombre, para que el hombre se hiciere Dios. Cuando hubo llegado el momento que determinó la sabiduría infinita, el ángel anunció á *María* que habia llegado la hora de ser Madre de Dios; pero el sublime misterio no se verifica, sino despues que *María* da su consentimiento: lo dió, y luego verificóse la Encarnacion. Es cierto que aquí vemos el grande amor del Padre en darnos á su Unigénito; el inmenso amor del Hijo en ofrecerse en favor nuestro, y el infinito amor del Espíritu Santo en operar la Encarnacion: ¡pero cómo no ver en esto tambien el amor de *María*, empleándose toda entera en favor de nosotros como Hija queridísima de Dios Padre, como Madre dignísima de Dios Hijo y como Esposa amantísima de Dios Espíritu Santo? Sí: en este acto, *María* no solo concibió á Dios, sino que concibió tambien á todos los hombres, llevándolos

á todos en su amorosísimo seno; y desde este instante comenzó de tal suerte á desempeñar en favor nuestro todos los deberes de la maternidad, que podemos decir que fué la Madre de Dios, para que pudiese ser nuestra Madre. Que *María* es nuestra Madre, es una verdad de tal naturaleza, que podemos colocarla en el rango de aquellas que son próximas de fé. Porque San Lucas nos dice, que *María* parió á su primogénito, es decir, que tuvo á muchos hijos; y por otra parte la fé nos enseña que *María* no tuvo otro hijo, segun la carne, que Jesucristo: luego si no tuvo otro hijo carnal, hemos de concluir que lo tuvo espiritual, es decir, segun la gracia; y este hijo es todo el género humano. Jesucristo fué su primogénito; nosotros somos su hijo segundo: Jesucristo lo fué segun la carne, nosotros segun el espíritu: y si pariendo á Jesucristo parió á nuestra vida; dándonos á nosotros esta vida, nos dió á la luz de la gracia. ¡Qué consuelo para nosotros, lector carísimo! ¡Ah, la Madre de Dios es nuestra Madre! ¡Qué excelencia! ¡Y qué ingratitud la nuestra! Raras veces pensamos en que *María* es nuestra Madre: y aun rezándole la Salve no lo hacemos con el afecto y ternura que ella se merece. No hace mucho tiempo que vivia un jóven que rayaba en los veinte años, el cual habia recibido de la Santísima Virgen *María* muchos beneficios, y para serle agradecido, la saludaba muchas veces con el dulce título de Madre. Y preguntado por qué lo hacia, respondió: porque la Santísima Virgen me ha hecho corporal y espiritualmente los oficios de tal. Corporalmente, conservándome la vida cuando aun estaba en el vientre de mi madre; y en lo espiritual, cuando por su gracia y mediacion recibí las aguas del santo Bautismo: y ambos oficios me los ha continuado todos los dias y con un cuidado siempre más solcito. Por esto nunca me acuesto sin tomar eh mis manos la me-

dalla milagrosa; sin decirle la oracion: *¡Oh Virgen y Madre de Dios, yo me ofrezco por hijo vuestro! . . . y sin rezarle tres Ave Marías, añadiendo al fin de cada una esta jaculatoria: ¡Madre mía, aquí teneis á vuestro hijo! ¡Ojalá, lector carísimo, que tú lo imitaras!*

11. *Porque nos engendró en el Calvario.*—*María* no solo es nuestra Madre por el gozo que recibió en la Encarnacion, sino que tambien somos nosotros los hijos de su dolor: porque hemos de tener por cierto, que *María* se hizo otra vez nuestra Madre dándonos la vida de la gracia cuando con inmenso dolor de su corazon, allá en el Calvario, ofreció al Eterno Padre la vida de su Hijo. Entonces cooperó con su amor, para que todos los hombres se hiciesen cristianos; entonces dió licencia para que se verificase en Jesucristo toda la pasion, y entonces, con un acto de amor inmenso, salvó nuestras almas, conviniendo en la pérdida de la vida de su Hijo. *¡Qué amor puede compararse con este amor? ¡Y qué dolor con el que sufrió al dar su consentimiento? Por esto quedamos hechos desde entonces los hijos de su dolor; ya que nos parió á la vida eterna como habia dado á su Hijo á la vida temporal. ¡Oh, qué grande es María así considerada! Nos dió á su Hijo, á quien amaba sin límites, y nos amó con un amor el mas semejante al amor con que nos ama el Eterno Padre; y sufrió por nosotros dolores imponderables como los padeció Jesucristo por nuestro amor. Así, á costa de puro dolor nos dió en el Calvario la vida de la gracia, con cuya operacion se hizo real y verdaderamente nuestra querida Madre. Esta verdad nos la quiso enseñar el mismo Jesucristo, porque viéndola en el monte Calvario, y apreciando cual conocia sus sacrificios, la hizo la corredentora del linaje humano, del mismo modo que él habia sido su Redentor: declaró expresamente que era nuestra Madre, y nos la dejó como en testamen-*

to, cuando vuelto á su Madre le dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo*, señalando á Juan, que es como si hubiese dicho: *Mujer, hé ahí á todo el género humano en la persona de Juan: este es el hijo tuyo que por la ofrenda que haces de mi vida por su salud nace ya á la gracia. Y vuelto á Juan le dijo: Ahí tienes á tu Madre*, porque desde este momento á fuerza de padecimientos se hizo la Madre comun de todos los hombres. *¡Ah lector carísimo! repitamos una y muchas veces: La Madre de Dios es nuestra Madre.*

12. *Porque ella misma se declara nuestra Madre.*—En efecto: *María* se declara la *Madre del Amor hermoso*, como si dijera, que es la Madre de todo aquel que tiene en su corazon amor: de lo que se sigue, que es tanto mas Madre de un cristiano, cuanto éste tiene mas amor á Jesucristo. *¡Oh, qué misteriosa es la operacion de María en favor de nosotros! Todos sus deseos son introducirnos en la práctica del divino amor; y así es como embellece nuestras almas, hasta el punto de que agraden á la misma hermosura, y así es como quedamos constituidos sus verdaderos hijos. ¡Qué dicha! María es mi Madre: qué dicha verme atendido por una tan gran Reina, que pone sus glorias en declararse mi Madre! ¡Qué dicha vivir bajo la proteccion y amparo de una Madre tan tierna! ¡Oh si como David pusiera yo en esta dicha toda mi gloria! En efecto, este varon santo no ponía su gloria en ser el rey de Israel, ni en la extension de su dominio, ni en el grandor de sus conquistas, ni en el prodigioso número de sus victorias, ni en la descendencia de Abraham, ni en ser el padre de un Salomon; sino que ponía su gloria en apellidarse el hijo de la futura *María*. ¡Cuánto mas no lo habriamos de hacer nosotros; nosotros, digo, que hemos experimentado todo el efecto de su proteccion? *María* se declara nuestra Madre en la práctica, porque si ella está*

con nosotros nada tenemos que temer. ¿Quién será capaz de arrancarnos del seno de *María*, si nosotros la invocamos como buenos hijos? ¿Qué furia del infierno podrá vencernos si ella se declara nuestra Madre? A mí me parece, que al modo que la gallina cuando ve que sus polluelos están en peligro, redobla todos sus cuidados para que no se le pierdan; así el amor de *María* hace que cuando la tempestad de las tentaciones nos combate, ella nos cobije bajo las alas poderosas de su manto, y hace que no nos abandone, hasta colocarnos en el puerto de salvacion. ¡Oh Madre amantísima! ¡Oh Madre piadosísima! ¡Oh queridísima Madre! ¡Qué hermoso es este título de Madre! ¡Qué consoladora esta expresion, la Madre de Dios es Madre mia! Para que te convenzas mejor de lo que hará *María* en favor tuyo siendo como es tu Madre, examina la conducta de una madre natural! En efecto, ¿qué haria ésta si viese que su hijo estaba entre las espadas de los enemigos? ¿No es verdad que haria lo posible y lo imposible para salvarlo? Pues tal es la conducta de nuestra Madre la Santísima Virgen *María*; y así hace, y así hará con todos los pecadores aun con los mas rebeldes y obstinados. Acude, pues, á tu Madre *María*, y ella te ayudará para que salgas vencedor de todos tus enemigos. ¿Es un vicio el que te encadena para llevarte al infierno? acude al patrocinio de tu Madre *María*. ¿Son unas pasiones violentas y casi diabólicas? acude á tu Madre *María* y ella las calmará. ¿Son unos amigos que olvidados de la amistad quieren arrastrarte al mal? acude á *María*, y como Madre te revestirá de fuerza para que no sucumbas. Tal es el remedio general que aconseja la Iglesia á todos los fieles; y por esto la dicen: *Bajo tu amparo nos acogemos, ¡oh María Madre de Dios y Madre mia!* ¡Oh cuántas victorias se han alcanzado con solo invocar á *María* con el dulce título de Madre mia!

¡Cuántas inocencias conservadas! ¡Cuántos crímenes impedidos! ¡Cuántos justos han perseverado! ¡Cuántos tibios no se han hecho pecadores! Lector carísimo, atiende á tu dignidad; ¡la Madre de Dios es tu Madre! Regocíjate viendo que eres hijo de tan buena Madre, y de Madre tan poderosa: entrégate á ella completamente y te recibirá con un cariño indecible. Regocíjate ya que tu salvacion es segura, porque ¿cómo ha de perderse un hijo de *María*? ¡Con qué seguridad no has de entregarte á tan santa devocion! Repite con frecuencia, *María* es mi Madre; mi querida Madre; mi amantísima Madre, y la queridísima Madre mia.

13. *Devocion de una niña á su Madre.*—Entre las hijas de *María* que componia la asociacion de . . . habia una que contaba 17 años, y se distinguia por la tierna devocion que profesaba á su Madre. Al levantarse, despues de la dulce jaculatoria de *Viva Jesus para siempre en nuestros corazones*, añadia, *Madre mia, aquí tienes á tu hija*, y lo repetia con tanto afecto, que parecia que estaba viendo á su Madre. Luego añadia: *por tí, Madre mia, voy á vestirme con la mayor decencia y modestia*: hacia los actos de la mañana, y al fin añadia tres veces con grande fervor: *Madre mia, aquí tienes á tu hija*. Comenzaba la oracion mental, y despues de haber invocado al Espíritu Santo por medio de la antífona, Ven, Espíritu Santo, añadia: *Madre mia, hazme la gracia de que haga bien la santa oracion*. En sus distracciones rezaba, *Madre mia*: para que sus coloquios fuesen fervorosos, decia *Madre mia*: para que tomase resoluciones prácticas y las cumpliese, repetia *Madre mia*: en una palabra, su oracion era frecuentemente un continuo y ardiente coloquio con *María su Madre*. En sus comidas era muy parca, porque en todas ellas se consideraba acompañada de *María su Madre*. Huia de toda falta y aun de toda imperfec-

cion, por el grande deseo que tenia de conservarse inmaculada como *María su Madre*. En sus quehaceres era muy edificante, porque nunca estaba ociosa, siempre trabajaba cuanto podia, y lo desempeñaba todo con aquella perfeccion que le reclamaba *María su Madre*. Venia la hora de acostarse, y despues de haberse examinado y rezado las oraciones que acostumbraba su piedad, hincada al pié de la cama le decia tres veces: *Madre mia, aquí teneis á vuestra hija*. Y con la mayor fé y confianza que le era dable, añadia: *Madre mia, echadme vuestra santa bendicion*, y luego recibíendola en espíritu, decia: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*. Así vivió algunos años, hasta que recibió de *María*, su tierna Madre, la bendicion especial de su vocacion: pasó el noviciado con un fervor sin igual, y hechos los santos votos, fué á gozar en el cielo las ternuras de *María* su mas tierna Madre.

CAPITULO III.

MADRE DE MISERICORDIA.

14. *Amor de María á los hombres*.— Aunque deseo, lector carísimo, no entretenerme demasiado en la explicacion de la *Salve*, sino pasar por cada uno de sus títulos lo mas sucintamente que pueda; con todo, debo confesarte que me veo estrechado á entretenerme mas de lo que quisiera, á fin de explicarte un poco mas lo que es mi Madre; y voy á hacerlo lo menos mal que pueda.

asegurándote del grande amor que nos profesa. Ella es nuestra Madre, y *Madre de misericordia*: luego nos ama con el amor que conviene á hijos muy amados; y nos ama como desgraciados muy queridos que le hacen poner en juego todos sus resortes para aliviarnos. ¡Oh cuán amable es *María* considerándola ardiendo toda en llamas de amor nuestro! ¡Oh qué dulces las consecuencias que brotan de tan bello amor! ¡Por qué no amamos á *María* cuanto debemos amarla? ¡Por qué no la amamos segun los deseos de su corazon? ¡Por qué no la damos desde ahora las pruebas de afecto que su amor espera? ¡Por qué no la amamos como tantos santos que no sabian ya qué hacerse para mostrarle su amor? Hace algunos años que vivia un hombre de mediana edad, el cual se distinguia por su acendrado *amor á María*. La amaba prácticamente y desde sus primeros años: todo lo hacia como un resultado del *amor de María*. Dejó su vida, no santa, y comenzó una vida toda de Dios por *amor á María*: frecuentaba los santos sacramentos, hacia su retiro mensual, y cada año los santos ejercicios *por el amor á María*: comenzó á vivir la vida segun el espíritu, á no obrar jamas segun la carne, á admitir toda especie de mortificacion, y quiso ser tan generoso, que se obligó á hacer todo lo que Dios quisiere *por el amor á María*. A este amor práctico le fué comunicado un conocimiento de *María* tan perfecto, que hizo que la amara de un modo tan intenso y sumo, que su corazon casi se consumia. Y obraba tan poderosamente sobre él, que le vino como un pensamiento de que él amaba mas á *María*, que lo que ella lo amaba á él. Estando en este combate, entendió que su amor que le parecia tanto, era tan poca cosa comparado con el que tiene *María* aun al mas miserable de los pecadores, como poca cosa es un grano de arena respecto